

Juan de la Cabada

LA CEPA Y LOS CEPOS*

1

Afuera, un niño que se ha levantado temprano tal vez pinta en la arena. Si así es, más que para su pensamiento el sol allí será una media naranja de fuego que encaja y sube por otra media naranja infinitamente mayor, pero diáfana, transparente, de cristal azul. Sopla el aire con un frío depurador que le hará escocer los ojos. La mañana, de una mano del tiempo terrestre, adelanta su hora en vuelo hacia la Primavera que, por su parte, de la otra gran mano del tiempo, quiere —parece oírse el júbilo, sus gritos de gozo— juntarse a la mañana. Pero acaso no se abracen hoy...

—Aquietaos —dice tranquilo el tiempo de la Tierra— depende a su vez todo, bien lo sabéis, criaturas, de que haya el equinoccio, es decir, del encuentro, del paso, del saludo entre ese sol y la constelación que llaman Aries...

Quizás recoja hoy el equinoccio la tarde o quizás la noche, cuando el niño quizás esté durmiendo o haya muerto.

2

Ahora ya, dentro del hospital, luz y calor solares ganan este pabellón y caen sobre un centenar de mutilados; por la parte de sombra, tendido está otro centenar. De la del sol escala en acento implorante:

—La vida... ¿Qué hacen con ella? ¡Los veo! ¡No arrastren! ¡Suelten! ¡La vida! Quiero la vida, la vida... para decirla...

—¡Se carga un desvariar este hombre! —comenta una enfermera y sigue desnudándolo. “¿Cómo te quito este zapato?” —piensa—. “Tienes el pie izquierdo hecho papilla.”

La voz predomina aún más entre el rumor general de lamentos y estertores.

—¡El cofre! ¡El cofre!

—No grite que le hace daño. Pronto vendrá tu cofre; ya se te mandó buscar.

—¡Que no metáis las manos...! ¡Nada de registros! ¡No! ¡Ah! ¡Eh, qué!, ¿dónde te llevan? Bien... Sí... os lo regalo, pero no me echéis, ¡por Dios, no me echéis a la basura!

La enfermera, mascullando a solas: “el pie izquierdo y el brazo derecho”, vuélvese de lado a otra camilla.

Al poco rato nuestro herido se sosiega. Ya es sólo un murmurio ininteligible por momentos, o algunas voces sueltas del diálogo al vacío. La cantidad allí no cuenta. Toda la historia del Universo cabe en menos de una micra de segundo. ¿Cómo expresar el delirio; este vértigo de imágenes, de colores, de infinitos horizontes, de frío y de calor, de aroma y peste? ¿Dónde queda el espacio y dónde el límite? ¿Adónde van el silencio y las palabras? ¿Por qué nos indigna el miedo allí? ¿Por qué nos enaltece allí el valor? ¿Y qué es éste, y esto, aquél y aquello? ¿Cuáles son los orígenes de la risa y del llanto, de la traición y la lealtad, lo sublime y lo trivial? ¿Por qué la conciencia y los sentidos: oler y ver a un héroe fanfarrón y a un cobarde fanfarrón, un héroe honesto y un honesto cobarde...?

“Abro” —salta el eco sonoro, cálido, universal, esférico del conocimiento—. “No perdiste la llave. Aquí está. Guárdala.”

Abrese la tapa de un baúl con bóvedas celeste, círculos horizontales y verticales de poblados, ciudades, redondas montañas y mares hondísimos; mares que son ora cisternas muy negras, ora cuevas luminosas, bullentes de agua y rocas insondables.

Aparece una sonrosada llanura y surge un ente magro, altísimo, de largos bigotes canos, flácidos, barba en perilla y diez lustros de edad. Comienza por andar sin descanso, preocupado, en un tono que no es ni vulgar ni fino, presuroso ni lento, jactancioso ni humilde, duro ni quedo; ni como de perro ni como de león; ni de como quien va en busca de herencia ni de como quien la pierde. Su andar es sólo como el vagar de un hombre que va solo por la vida, hasta que dice: “Ya estamos aquí, amigo. Soy Marcelo Mina, maestro de escuela de Campo de Criptana.”

El tiempo se adelanta. El maestro llevaba, pues, unos manuscritos. Los agarraba con toda la fuerza del corazón en sus dedos enjutos, porque los remolinos de la llanura batían para volarle las cuartillas.

“¿Lees...? Mejor, óyeme.”

Entonces calmó la tolvenera. Decían los papeles:

“No puedo hijo, amigo, hermano, camarada o señor mío; no puedo darte una patraña; tampoco una maraña de nigromancias semejantes a las de los juegos de manos en que inteligencia y razón, tanto del escamoteador como del curioso, malgástanse más en trampas y averiguaciones que saber.”

Dentro del febril pozo del delirio, las figuras emprendieron la marcha por el camino sobreentendido hacia la escuela de uno de los poblados trasuntos en el llano.

“Aunque tome holganza menor de la que piensas, o mayor de la que creo, válganos mi afán de ofrecerte en este principio algo claro como agua de manantial, o suave —perdona la comparación— como las hierbas que han ido, vienen, fueron y vuelven a pasar por las mandíbulas del asno y del caballo que sabido es atravesaron y atraviesan estos alucinantes parajes rasos, de un color de tierra cual si bañada en mosto rojo semejase aludir a piel humana de algún cristiano cuando se embriaga, está en trance de apoplejía o le da por correr, corre y sigue corriendo sin parar.”

Traspuestos los umbrales de la escuela emerge un escritorio de barniz atabacado. El maestro abandona la lectura. Señala un plano extendido, y al decir: “1920” se borra del delirio, donde le suplanta la peroración de grave tono femenino:

“Notorio es a todos los habitantes de esta Villa y a las inmediatas cómo por los años de 43 del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo predicó el Apóstol Santiago la doctrina en el cerro en que hoy se venera la milagrosa imagen de María Santísima de Criptana, y colocó en él la Santa Cruz, signo de nuestra redención; pues desde la dominación de los Sagras o Segres hasta la expulsión de los sarracenos hubo allí castillo o casa fuerte, y siempre estuvo habitado y custodiado por los conquistadores...”

Es el rezo de una novena en sonsonete.

“Siguió el Santo Apóstol con su predicación a la ciudad de Alternia o del Muro —hoy Alcázar de San Juan—, y habiendo convertido a sus habitantes les dejó a su despedida una imagen de María Santísima que denominaron Concepción de Santiago, la eligieron patrona de la ciudad y conservaron hasta el año 715, que fue ocupada Alternia por los sarracenos.”

Interrompe un coro a son del rezo:

*"En aquel preciso instante
te eligieron por patrona."*

El monólogo prosigue:

"Al aproximarse estos enemigos de nuestra Santa Fe, cuidaron los alternienses de ocultar su preciosa imagen de María Santísima en una gruta o cueva, que dista de la ciudad legua y media por saliente —llamada hoy Cueva de la Laguna—, labrándole una tosca capillita en la parte más profunda, que se dice llega hasta el Cerro de Criptana, donde más tarde la colocaron y aún está. A este subterráneo cuya longitud es de dos millas... (¡Mentira! No hay tal longitud; es un hoyo simplemente —afirma en eco la negación veraz del entonces invisible Marcelo Mina, el maestro)... iban de noche los alternienses a visitar a su patrona llorando las desgracias de su amada patria."

Trunca el ritornello del coro:

*"Y el Campo siempre blasona
de tu socorro constante..."*

Y el run-run del solo agrega:

"A los 508 años de haber escondido los alternienses la preciosa imagen, esto es, en el año de 1223, se dignó aparecerse a un honrado labrador de Villajos, quien de nombre Alonso Miguel y junto con su mujer, Esperanza, fue a labrar unas tierras cerca del prescrito cerro en el día tercero de Pascua de Resurrección."

Un clamor fuerte, del Pueblo, arrástrase cantando:

*"Por esto, tan fiel amante
es de tu veneración."*

"En atención a favor tan singular de haberse dignado María Santísima elegir este nuestro pueblo para su residencia, dejando el de Alcázar, donde habitó tantos siglos, justo es que la adoremos y sea nuestro numen tutelar para invocar su patrocinio en todas nuestras aflicciones."

Coro:

*"Pues que nuestra tradicion
Virgen de Criptana os llama."*

Pueblo:

*"Publique siempre la fama
tu admirable protección."*

"Alabemos a esta gran Señora en espíritu y en verdad, imitando a nuestros mayores..."

"¡Así sea!"

"Pues que nuestra tradición..."

Oyéronse los pasos del maestro que regresaba. Explicó en breves frases que le dispensaran, pues habíase metido sin excusas, violentamente, a pedir la cesación, o disminución al menos, de tanta cantilena, la cual antes no dejaba esa quietud necesaria no sólo para ser bien oído sino para que le entendieran e interpretaran

cabalmente la lectura de su discurso y las resultantes disertaciones a él ajenas.

—1920 —recomienza, rotundo, lo mismo que cuando desapareció.

—¿1920? —pregunta su interlocutor—. Diréis don Marcelo 1930, que os pasasteis diez años allí dentro.

—¿Diez años? ¡Si sólo me he estado un instante, un segundejo hablándoles, poniéndoles en juicio!

—Perdonad, señor; pero ved mi calendario.

—¡A ver el mío!

—Señor, es que el de vuesamerced está en el mismo punto en que lo dejasteis...

—Vaya, vaya, veamos. ¿Quizás acaso este tres no será un dos mal hecho? Parece dos... ¡Cualquiera diría que es dos en esta forma como está, con ese rabillo de atrás!

—Advierta su merced que las cifras están cada una de ellas repetidas abajo en letras, como para que no haya confusión posible.

—¿Las letras? ¿Las letras dices? Probemos...

Don Marcelo remoja la punta de un lienzo dentro de una solución de agua con ácido y lo frota sobre el calendario, cuya inscripción permanece inalterable.

—Bien... —acepta boquiabierto, dignamente asombrado, mientras oculta la punta del lienzo—. Tiene trazas de verdad, visos de que llevas razón, aunque... aunque, disculpa, seas americano, de Méjico, ¿eh? De momento creí que me gastabas una de esas tantas bromas que acostumbraís por allá. ¡Y no! Estás en lo cierto: ¡diez años, diez, dos lustros en la iglesia!

—Sí, señor.

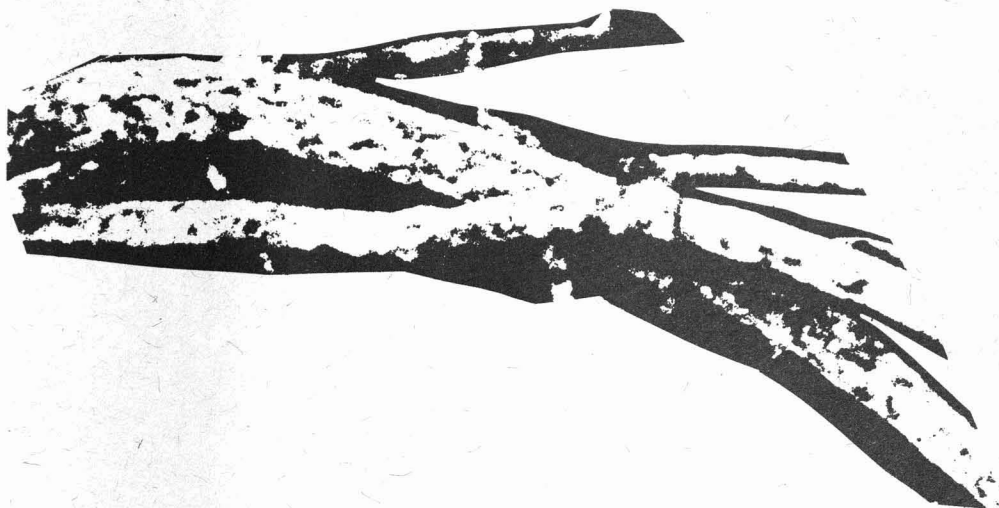
—¿Quiere decir que tengo sesenta años? ¡Pues me siento igual de ágil y animoso que antes! Si cabe, mejor. ¡Pues no estoy bien fuerte todavía! Pero lo que no comprendo es lo que hice yo tantos meses allí dentro.

—No ha de extrañar eso a su merced, que es español, y por tal, sin sentirlo han de pasársele las horas hablando.

—¿Hablando? Razonando, dirás, que no es lo mismo. Pero vamos a dejar para luego eso de si el tiempo va o viene sin sentirse o no, y recuperemos lo perdido abreviando. Es el 1930 dices, ¿eh?

—Sí, maestro.

—Empieza entonces por mirar este plano que no ha cambiado desde que lo dejé diez años ha sobre este mueble. Sobre el punto donde pongo el dedo, ya lo habrás leído, se ve: *Campo de Criptana* con los Arenales —aldea inmediata—, unas vecinas chozas diseminadas, este cerro de la Virgen de Criptana y esa Cueva de la Laguna. Siguiendo el giro que traza mi mano verás Miguel Esteban, Toboso, Pedro Muñoz; los históricos mazos del Batán inmortal, que tras bien adquirido reposo tiempo ha que no se mueven (a pesar de cuanto pueda o quisiera decirte en contra la Enciclopedia Espasa), y el río Zánacara. Luego: Fueroa, las Lagunas de Ruidera, el Tomelloso; por aquí el río Córcoles. Después, Argamasilla de Alba y hé ahí la Cueva de Montesinos. Esto, casi junto de Criptana, es Alcázar de San Juan y estotro, Quero. Eso, Quintanar de la Orden. Aquello, Mota del Cuervo... El Córcoles y el Jihuela son tributarios del Zánacara y éste del Guadiana, cuyo nombre, según sabrás, proviene del lenguaje moro en el que significa: "río-donde-está", sin duda porque de pronto se oculta de la vista,



se esconde profundamente bajo tierra y no aparece hasta 40 kilómetros más allá, por Villarrubia de los Ojos.

El maestro levanta los suyos del plano, posa la mirada en su interlocutor, recoge su legajo de cuartillas, lo acomoda a la luz de la estancia y habla:

—El suelo que corresponde a esta población es de 33 202 hectáreas, de las cuales 26 789 son laborables y empleadas así: uva, 8 643; cereal y pastos, 17 477; oliva, 669. Sólo en el número de moradores hubo variación durante mi ausencia — ¡cómo nacen criaturas! — pues de 12 068 que tenía contados encuentro ahora 14 170, repartidos en 3 254 familias del casco de la población, 175 familias de los Arenales y 91 familias diseminadas, que habitan en 2 112, 184 y 30 casas, respectivamente.

Buen momento es ya de que despegue del discurso los ojos don Marcelo y los dirija hacia la sombra forastera de su interlocutor, que tiene los suyos cerrados, la boca como un fuelle de abierta y el gazonate apretado de ronquidos.

—Joven amigo —lo sacude don Marcelo—, no te despertara si no fuese por el temor, primero de que te urja *in articulo mortis* lo que me requieres y yo te debo desde hace siglos; segundo, por propio cuidado de mi propia reputación, pues harto estoy de alusiones a que perdemos el tiempo inútilmente sin sentirlo, por mor a la vivacidad y ligereza de mi lengua. Pero nada encuentro que reprochar de tu proceder sino más bien del mío, que me ha conducido cual profesorsuelo del tres al cuarto que soy. ¡Malhaya esa hora de error que indújome a torturar tu primera potencia del alma obligándote a que aprendieras párrafos y párrafos sacados de censos, periódicos y libros solamente, en vez de llevarte o mandarte del brazo de alguien para que vieras y tocaras tus manos los seres y las cosas, mientras muy pocas palabras habrían de hacerte comprender lo que a tu percepción escapara. Así no te dormirías ni te dominara la indolencia, que la vida es más asunto del entendimiento que de la memoria, y quien conoce, quien comprende en verdad de verdad algo, mal o bien sabrá dibujarlo, sabrá pintarlo; pero todavía sabe más quien lo toca, lo siente o lo padece.

Carraspeó don Marcelo, escupió, se atusó los bigotes hacia abajo con un pañuelo no muy blanco y agregó:

—Vamos, pues, a ver mundo y dejemos el fatigoso relato de lo que hay dentro de este cofre, baúl o arca forrado de antigua lámina, guarniciones a fuego y varillaje de roble. Respecto a lo otro, estos papeles, ya los repasarás sin fatiga más tarde, cuando te venga en gana, que mucho mejor los apreciarás a mayor distancia de tales momentos y este espacio. Te los regalo con el cofre donde, según has visto, vivo, y que es un recuerdo de familia.

Desaparece la imagen de la escuela; surgen calles, una plaza, una cuesta, y encima unos cilindros enormes tocados de un gorro cónico y moviendo sus dos pares de brazos monstruosos, cual si estuviesen llamando a alguien perdido en la planicie. Enfrente muéstrase rubio el trigo, el centeno, la cebada.

Ocúrresele a don Marcelo:

—Igual que en tiempos de Cervantes...

Junto a uno de los molinos, invita:

—Subamos.

Arriba ya, presenta en seco respeto al molinero:

—José Manzaneque Panadero.

Este apenas contesta. Va de un lado a otro dentro de su

redondel, o se asoma por alguna de las ventilas que sanean el ambiente, mientras entran por la tolva para salir hecho harina, unos granos en forma de muela, ligeramente verdosos.

—Titos... —afirma con la cabeza, muy serio, el grave Manzaneque... para las gachas. Extendido rectamente el dedo índice, adopta don Marcelo su tono de enseñar.

—Hé aquí un molino de viento por dentro: la cuella, la rueda terrera, la linterna, el marrón, la muela, el freno, los cojinetes, la solera, la corredera, el cernidor, las mazas del salvado...

Bajan. Es verano. La llanura parece flotar, mecer suspendidas sus reverberaciones delirantes bajo el sol enloquecedor que cae a plomo.

La sombra de don Marcelo ni suda, ni externa contrariedad ni inquietud. Otra vez, de cara a los molinos, exclama:

—Escucha sus ruidos: iguales a los de una goleta o los de un bergantín en alta mar. Y hasta el nombre de este aparejo: palo de gobierno; lo mismo que un barco. ¿No prestan las aspas el oficio de velas? Y éstos, que son los hitos y sirven para amarrar el palo de gobierno, ¿no son como boyas fijas en los muelles?

Al cabo de unos segundos alárgase:

— ¡Son como viejos galeones supervivientes que aún cruzasen los mares! ¡Hasta en sus nombres! Este a que hemos subido se llama "El Infante", y oye los otros: Burlata, Salobre, Lauzá, Grillo, Chamiro, Paletas, Pílon, Tolvilla, Gambás, Escribanillo, Guindale-ro...

Las dos sombras deslizábanse ya por la planicie.

—No olvides nunca —añadió el maestro— estas estrofillas del cantar:





*"Veinticinco molinos
hay en la Sierra:
Veinticinco ladrones
andan en ella."*

— ¡Sierra! ¿Es la Sierra Morena cuya silueta se dora en perfiles a lo lejos, o no será más bien, maestro, esa cuestezuela que hemos subido y bajado, así como los "veinticinco" son éstos que Alonso Quijano, Quijada o Quesada tomó como gigantes, tanto como esas manchas de ovejas los ejércitos...?

Por las curvas lisas de diez caminitos blancos serpean varios carros de mulas a paso lento.

— ¿Qué día es?

— Pasaron ya las festividades de San Juan y de San Pedro: estamos a principios de julio.

— ¿Y esos carros que vienen colmados hasta los topes?

— Traen la lana que se manda para las fábricas de Alcoy, en Alicante, a unos 130 kilómetros de aquí.

— ¿Y de quién es la lana?

— Pues de don Ramón Baillo —conde de las Cabezuelas— o de don Casimiro Penalba o de don Fernando Treviño; de don Ramón Alfaraz —marqués de Mudela y de Torremejía—; acaso de don Proceso Girón, don Ángel Granero, don José Manzo, o del marqués de Salazar, del duque de San Fernando, o de Patricio Cruz.

— ¿A quiénes les lleváis esos carros?

Los carreros se detienen un momento para responder, mientras limpian con el dorso del antebrazo velludo sus frentes perladas de sudor.

— A nuestros amos, señores.

— A nuestros señoritos.

Amanece.

— ¿Qué hora es?

— Las cuatro.

Desde antes, ruidos tenues de bisbiseos, de bostezos, de miembros que se desperezan, rompen la quietud del alba. A un lado y a otro de las quinterías, empiezan a llamear hornazas crepitantes. Negros calderos —que les enciman— difunden lenguas puntales como largas espadas encendidas.

— ¿Qué vais a comer?

— Ajo de patatas.

Echan éstas dentro del agua del caldero.

— ¿Y vosotros?

— Nosotros unas gachas.

Quienes dijeron esto, en rueda, navaja por persona, rebanan su pan redondo contra el pecho. Pinchan trozos del pan con la punta de la navaja que llevan al caldero para remojar en un cierto puré ligeramente verde, aderezado con tomate y a veces con guindillas además; se llevan navaja y pan a la boca, y vuelven a pinchar éste con aquélla y meter ambos dentro del caldero, hasta que moderan el hambre o dejan limpio el traste. Mientras, el porrón de vino ha pasado de mano a mano. Los de allá comen sus patatas y su pan, también a punta de navaja; beben su ritual caldo y su vino. Si hay uno o algunos melones, formarán sin duda parte del condumio.

Luego, hay que trincarse bien las fajas. Dobladas las espaldas, segarán hombres, mujeres y niños, hasta las siete, pues en estío oscurece muy tarde. Después comerán en rueda las gachas o el ajo

de patatas. Cada cuadrilla embrocará sus calderos, ya vacíos. Alguien golpeará sobre ellos cucharas y navajas. A este son, los demás cantarán y bailarán:

Seguidillas corridas

van por tu calle;

como van tan corriendo

no las ve nadie.

Una sartén con rabo

me dio mi suegra,

me dio mi suegra...

Cada vez que reñimos

la sartén suena,

la sartén suena.

— ¿Cómo interpretáis esto de: "la sartén suena, suena"?

— ¿Pues qué otro sentido podrás hallarle, si no el de que si tu suegra te regalase algo te lo echará en cara muchas veces en la vida?

Pies y voces ardidos al fulgor de las hogueras, tambaleantes rasan el suelo a compás las gigantescas sombras. Gatos y perros a los que el regocijo dio por perseguirse, jadean ahora en asiento al emboque de sus colas, ya riendo, ya frunciendo el ceño, ya levantando y bajando las orejas.

Por fin los segadores se disponen a dormir a eso de las diez de la noche. Si hay luna, es probable que el retozo alcance las doce.

Más o menos a esta hora, don Marcelo y su acompañante se tumban sobre la tibieza muelle de un pajar.

"Esto se hace durante un día del mejor tiempo" —exclama el viejo— "para sacar tres pesetas de salario en total con el trabajo de la familia entera". Y añade: "¿Verdad, señoritos, que al terminar la siega vuestros peones quedan empeñados con vosotros? Es explicable, porque en el invierno, cuando llueve tanto y no tenéis en qué ocuparlos, soléis anticiparles una o dos fanegas de trigo a cuenta de las tareas del verano. Y, además, como los jornalés equivalen a medidas del grano, y los braceros no saben de medidas, ignoran lo que siegan, y vosotros regateáis mermándoles sus estipendios hasta convertirlos en deudores. Entre los peones, más del noventa por ciento son analfabetos, y cuando alguno sabe leer lo despedís.

"— Señorito, usted que sabe, vea cómo me apaña para que pueda yo mandar m'hijo al colegio.

"— ¡Andá! ¡Quita! Llévatelo de rochano, que si lo dejas más tiempo aquí se te volverá un golfo.

"Rochano es un chiquillo muerto de frío, sin otro sueldo que el pedazo de pan que trague por la mañana y el que coma por la noche. Es que tengas nueve o diez años y desde lejos te digan los pastores mediante señas o a un silbido fuerte: —Tú, friega el caldero... tú, a cortar leña... tú, a cuidar las ovejas...—. El niño cocinero, leñador, aprendiz de pastor. Los pastores bajan al pueblo sólo un día durante el año: el tradicional denominado *de su ajuste*, para la fecha de San Pedro; ganan una cordera y 35 duros anuales, más 3 libras de sal y 3 de aceite al mes, harina de titos y 18 celemines de trigo revueltos con centeno; llevan a Extremadura —de clima más benigno— a invernar el ganado, desde Castilla; se pasan meses yendo por la Sierra y meses regresando. Detrás, entre la oscuridad, la helada y la fatiga, va el rochano. ¡Cuántos de estos

niños habrán muerto sin saber lo que es un juego! El pastor come sus legendarias migas, que no son, por cierto, nada del postre que con ese nombre figura en los recetarios famosos de cocina. Son esto: cuadros de pan humedecidos con agua y fritos luego en sebo de carnero, ajos y sal.

“Si Toribio no es pastor, ni segador, será mulero, cuadrero, o muletero (de muleto: cuidar de bestias jóvenes cuya corta edad las releva de la obligación de trabajar) y comerá migas y gachas.”

3

Así pensaba en voz alta el Maestro Mina. Su acompañante veíase mientras sobre la fragancia del heno, cara a la luna llena, soñando que un joven de regular estatura brota y dice:

—Oiga lo que le traigo, oiga usted la *historia de un criado*.

El hombre joven lía un cigarrillo, lo prende y toma asiento:

—Igual que otro español cualquiera tengo los hábitos de hablar, con frecuencia de tú, en primera persona siempre y acerca de mí mismo demasiado. En el caso suyo, sin embargo, para no desmentir mi buena crianza le trataré, durante los primeros tiempos y como a forastero que es, de usted.

“Me llamo Luis Otáñez. Soy de Madrid. Nací en el barrio de Lavapiés, frente a la iglesia de San Lorenzo, hoy derruida, y que de tan popular se conocía con el nombre de la *parroquia de las chinches*. Al percatarme de que me iluminaba lo que nombran *uso de razón* me vi un chiquitín que tenía hermanos mayores y menores, madre y un padre que era vendedor ambulante. Este hombre célebre —de popularidad sólo comparable a la de la *parroquia de las chinches*—, vendiendo avellanas, almendras garapiñadas y otras golosinas, conseguía que comiéramos, sin pasar hambre, su mujer, siete hermanos míos —el mayor de unos diez años— yo y un burro. Mi padre, a su vez, era también hijo de vendedores ambulantes. Dicen que poco después de casarse tuvo un establecimiento fijo de verdulería; pero que, reducido por costumbre a sus hábitos del negocio ambulante, fracasó al emprender una venta de melones en gran escala. Contaban que fue debido a su socio, un tal Ochoa, quien le jugó una trastada para arruinarlo por completo, quedándose con todo. Recuerdo como en sueños que entonces asoló mi casa una temporada de gran pesar. Mi madre lloraba noche y día. Me parece verla inclinada sobre un baúl abierto, escondiendo debajo de las ropas y de unas sábanas bien planchaditas, un revólver.

“Bueno; pero no alarguemos la historia del arma esta, que lo prometido es comenzar la del criado, y va en seguida.”

No gruesa, bien maquillada y lo bastante neurótica para no pasarse un momento quieta y usar ese curioso gesto de altanería y desdén que distingue al aristócrata, doña Joaquina de Melgosa y Abreu era de mediana estatura y de unos cincuenta años. Lograba entonces sin embargo, un agradable ver, aunque los continuos movimientos de sus manos, arreglándose la toca, me irritaran en secreto. Cuando iba con las hijas se le traslucía el esfuerzo de parecer más bien hermana que madre, y de sus desenvueltos ademanes emanaban a la superficie —no obstante el tic y el teatral gesto— persuasiones atractivas en relación con cierta llana diplomacia, fruto tal vez del peculio escaso para su tren de vida, lo que la obligase frecuentemente a economizar a fuerza de labia.



Don José María —un Juez de Instrucción—, alto, rosado, canoso, amable, robusto, de sombrero negro flexible y trajes claros, empaque serio, lentes, cara llena y una de esas imprecisas edades en conservada vejez que nos hace pensar en los sesenta años y *un día*, fue el marido. A la muerte del señor, y por el pequeño incidente memorable que adelante se verá, deduje que no le amaba su mujer.

Tuvo el matrimonio cinco hijos: tres varones —Narciso, casi idiota; José María, el listo de la casa; el sordomudo Miguel— y dos hembras: Joaquina, la mayor —la humilde y sosa de la familia— y Carmen o *Cachi*, la presuntuosa y pizpireta.

Vivían en un piso de española *gente bien* y, en consonancia, no faltaba el imprescindible perrito pequinés, como tampoco las cortinas marrón de paño tupido con tirillas recortadas del mismo género —formando el escudo de la casa— ni esas grandes alfombras de fabricación doméstica, en cuyas hechuras se pasarían meses y meses de tozudas tareas las exponentes castizas de las industriosas habilidades femeninas.

José María, el listo de la casa, era pintor, con exposiciones en París y Madrid, pero sin clientela, pues no llegaron jamás noticias de que hubiese vendido un solo cuadro.

Estaba hecho polvo; le habían extraído un riñón, y murió en un sanatorio del Guadarrama. Cuando le conocí, sus opiniones políticas se inclinaban hacia la izquierda, sosteniendo porfías diarias con amistades y visitas y terminando por no importarle ya nada la nobleza que frecuentaba la casa, cuyas tertulias rehuía en visible repugnancia.

La madre extremaba su ceguera por él, y al verlos juntos daban

la impresión de estar enamorados. A pesar de ello doña Joaquina no se contagió de estas rarezas del hijo, menos aún en lo referente a su repulsión ostensible por el clero.

El caso más lógico dentro de la temperamental extravagancia del pintor, lo tomaron la familia y las amistades por un milagro, el día que, próximo a morir, de buenas a primeras tornó el misticismo del enfermo a opuesta dirección y le dio por ir a misa todos los días, confesarse, comulgar, impartir píos consejos, imaginarse un Santo y mantenerse a las faldas, en compañía constante de los curas y las monjas del Sanatorio.

—Por fin, Dios oyó mis oraciones. Es ya un Santo —decía la madre, más regocijada que nadie por la conversión.

Pero cuando el hijo murió, doña Joaquina se quedó hecha una momia. Y entre que los dineros se acababan, que cada vez eran menos, que la casa se hipotecó, que las rentas de las fincas que tenían en Valladolid menguaban más y más y que las antiguas tres criadas jóvenes se casaron, las sirvientas nuevas no duraban sino dos o tres días. ¿Por qué otras causas también? Pues porque refiriéndose al salario por cabeza de ocho duros mensuales, a juicio de la *del cuerpo de casa*, la cocinera y la *doncella* (dentro de cuyas obligaciones se incluía la de dar cera en los pisos, que parece lo más fácil y es la cabronada mayor del mundo) la señora quería “*que los peces gordos pesaran muy poco*”. De la *del cuerpo de casa* la familia llegó a prescindir en absoluto, y del chofer que vino después de mí se medio prescindió, por lo que hubo de colocarse en el Ayuntamiento para el servicio de Limpieza de la Ciudad, destinando las horas libres al del vehículo particular de la señora, quien amoldó sus salidas al tiempo vacante del principal empleo del chofer y limitó el pago a diez duros por mes.

Una sentencia definitiva en el destino de mi vida fue, según mucho después supe, la que dictara por chanza el Juez don José María Jalón a la *doncella* Paca en vísperas de entrar yo a ser parte de la servidumbre:

—Te he encontrado marido; ya verás cómo te gusta.

Por simple dato de fe y sin otra importancia complementaria que la de mostrar la veracidad rigurosa de esta histórica reseña, diré que el garage donde guardaba yo el automóvil al uso de aquella familia, estaba en la calle de Santa Engracia.

4

“Si bien tarde, a punto estamos todavía de reconocer la falla de seguir la *historia del criado* sin delinear siquiera sus antecedentes.”

Después de haber cerrado mi madre el baúl y guardarse la llave sobrevinieron ciertas miradas recelosas y no sé si algún cuchicheo que me grabaron esta explicación a la que debí corresponder con el secreto: “para que tu padre no pueda coger el arma” (“...y mate a Ochoa el granuja” —*completé in mente*). Durante mucho tiempo aquel baúl fue tan sagrado que se nos prohibió tocarlo. ¡Tal era el pánico de mi madre al revólver! De niño, creo haberlo visto bien sólo una vez; pero, de hombre, sí pude hacerle un largo examen. Sucedió durante el movimiento de Asturias —octubre de 1934— en que mi hermano mayor lo sacó, limpió cuidadoso y ocultó bajo el cinto. Meses después, temiendo uno de los registros frecuentes en los domicilios de los pobres, tuvo la precaución de ponerlo a buen recaudo junto con una navaja de a metro de largo y la leyenda oral de su empleo cuando la Guerra de Independencia

para matar bonapartistas. ¿Quién no recuerda estampas de la época donde figuran los manolos, que (atadas por detrás de la cabeza sus mallas de dos puntas) sujetan con una mano las bridas de un caballo, mientras con la otra destripan al jinete. ¡Cojones, qué navajas!

Una noche, arriba, desde la azotea, sonaron unos tiros. No partieron de ninguno de nosotros los disparos, y no porque nos faltasen ánimo ni ganas (ya que apostados abajo había guardias civiles frente a la fábrica de gas en huelga), sino porque charlábamos entonces pacíficos, tranquilos.

A causa del frío, mi hermana entorna el balcón.

A poco rato llaman a la puerta y mi hermano mayor casi tropieza con la portera, cuatro guardias civiles y cuatro de asalto. Les acompaña el hijo del dueño de la casa.

—¡A ver! ¿Quién fue el que disparó?

Sin alterarse, mi hermano responde:

—Aquí no puede haber disparado nadie.

—¡Hum! Bueno... bueno... tenemos que hacer un registro.

—Entren ustedes.

Eran las diez de la noche. Mi padre, que dormía, se levantó a los pasos y las voces. En seguida dos de los guardias de asalto lo reconocieron:

—Anda, nada, hombre, ¡pues si es el de las avellanas! —dijo uno.

—Aquí ¿qué va a haber, hombre? Vamos a otro sitio. Buenas noches.

Pero los *Civiles*, a quienes odiaba España entera, insistieron:

—Hay que registrarlo todo.

No hallaron nada por supuesto, y no obstante pretendían llevarse a dos de mis hermanos. Gracias, gracias al hijo del dueño





de la casa que intercedió, respondiendo por ellos, no los detuvieron.

—¿Hay azotea aquí? ¡Hale, venid a la azotea! —insistió el jefe de los civiles.

Subieron, preparados los rifles con los cañones hacia arriba. Mi hermana, ignorante de nuestras maniobras, pegó a mi oído su boca temblorosa:

—Ahora van a descubrir el revólver y la navaja que hay en el baúl.

Después de registrar infructuosamente notaron, al volver, la existencia de otra puerta más pequeña que estaba junto a la primera y ofrecía el paso a un desván estrecho y oscuro, repleto de trastos ruinosos y ratones. Tuvieron los guardias que prender cerillas. Y ante la penosa faena de remover tanta madera vieja, hierros oxidados, muebles apolillados, cacharros sucios e inservibles se marcharon.

Al día siguiente mi hermano forró bien la navaja; envolvió en algodones el revólver y los tiros que puso dentro de una cubeta, y con ésta de la mano fue a un vertedero bajo el cual enterró todo, en previsión de que no se echase a perder y pudiésemos utilizarlo si alguna vez nos fuera necesario.

5

Excepto alhajas y telas, mi padre como vendedor ha hecho de todo; pero donde mejor destacaba era en verduras, frutas y golosinas. Empleaba para su trabajo el socorrido procedimiento de hablar mucho y de cierto modo atraer sobre sí la atención, prefiriendo los ardides del gracejo. Aunque desde muy pequeño me convencí de que nunca me habría de tirar a mí esa vida, tuve que salir mucho con él, y la mayor parte de las veces —casualmente quizás— tratóse de naranjas, en lo que menos tenía que gritarse. Marchábamos los dos cerca del carro con su borriquillo y las naranjas a granel. Pregonaba mi padre: “Veinte naranjas por un real, doce naranjas por un real...”

Solicitaba una mujer:

—¿Están buenas las naranjas?

—De lo mejorcito, ¡Pero hija mía! , ¿Cómo no quiere usted que sean buenas si son de mi finca?

Si la mujer intentaba tocar las naranjas, mi padre le detenía con diplomacia el ademán.

—No, deje, deje usted... no se moleste; yo se las escojo.

Y diligente, una naranja en cada mano, estaba contando ya de esta manera: “dos, cuatro, seis, ocho...” Al poner realmente siete, había dicho doce, pues voceaba los números antes de echar las frutas y seguía: “y ahora tenga usted una de regalo, y ésta para la criada, otra para la portera, otra para el chico de la vecina y ésta para el lechero para que le sirva a usted bien...” Inspiraba tales ilusiones el barullo, que nadie llegaba a casa sin antes contar en el camino las naranjas.

Algunas criadas, de las más ingenuas, revisaban las compras en el acto.

—¡Pero si no me ha dado usted nada más que doce!

—¿Pues que querías, hija mía, que te diera el carro?

Otras, no tan ilusas, argüían:

—Bueno, bueno tate de cuentos, que a lo mejor me echa usted una de menos.

Y mi padre —a flor de labio— tenía también para éstas una salida donosa y oportuna.

—Hija mía, considera que las palabras se me van sin querer, por divertir a la gachí más guapa que hay en too Madrid y en toa España.

Pienso que de todo esto mi padre sacaba las alegrías para perseverar en su oficio. Pues desde entonces, acaso por haberlo experimentado en cabeza propia, una de mis mayores penas ha sido la de contemplar a esos vendedores mustios que permanecen silenciosos esperando al comprador.

A mí, verbigracia, solían ponerme ante un puesto; y ahíto de vergüenza pasaba las horas muertas, aguardando mudo a que alguien viniese a preguntar: “¿Vendes las naranjas?”

—Sí... —respondía yo ruborizado, con voz desfallecida.

6

¿Le interesa? —interperló la figura de Luis, cuyo busto se reflejó asomado al brocal del delirio.

—Me sirve de descanso.

—¡Dile que siga! —vibró una voz ruda, que rebotó como piedras en el vacío embudo del templo de agua del pozo.

—¡Cuánto me halaga! No han sido nulas entonces las veces que a solas rumié para mí mismo las peripecias de mi vida en el seno de mi familia, una familia de las más corrientes y molientes de Madrid.

Amasa la rumia esa el hecho de que a los trece años de matrimonio mis padres habían tenido ocho hijos vivos y dos muertos. Tal vez a ello se deba que tardase tanto yo en compartir las afirmaciones de ciertos condiscípulos empeñados en ilustrarme de cómo se hacen y nacen los chicos. Era difícil convencerme de que fuese como es, ya que mi madre y todas las del vecindario no cesaban nunca de quejarse: “Estos hijos, tantos gastos, las enfermedades, que si no tuviéramos tantos hijos...” Más admisible me resultaba la leyenda casera de que venían por milagro y obra de la Providencia... y no fue sino gracias a mis reflexiones en una tía solterona (sobre la cual pasaba el tiempo y no tenía hijos) que con muy secreto pesar me vi obligado a ceder la razón a mis amigos.

Me pusieron en el colegio de los Escolapios, cuyo edificio ya no existe. Hallábase en la calle Mesón de Paredes, al lado de la Inclusa, cerca de la plaza de Lavapiés. Pertenecía yo a ese género de alumnos ejemplares, muy formalitos. De repente venía lejano el pregón de mi padre. El cura me miraba y los niños de al lado sonreían “¡Otáñez, tu padre!” Otras veces, el cura se adelantaba señalándome: “Ahí va tu padre.” En ocasiones, antes de escucharse el pregón, veía yo salir al cura. Es que mi padre, de paso por allí, solía pedir desde abajo que llamasen al maestro para cerciorarse de mi comportamiento. Una tarde que en fila salíamos de clase, uno de mis vecinos habla en voz baja, pero que oye el vigilante. Apunta mi nombre y me reprende:

—Estás castigado y tienes que traer el Credo escrito tres veces. Era yo —según habréis supuesto— un niño tímido en extremo, pero no cumplí el castigo. El día posterior me pidió el P. Vicente mis cuadernos para examinar el correctivo.

—No lo traje porque no he hablado.

—Pues mañana me lo traes seis veces.



Tampoco llevé labor alguna.

—Pues lo copiarás doce veces.

Y no lo hice.

—¿Por qué no cumpliste hoy?

—Porque el vigilante me tiene tirria: yo nada he hecho.

—Entonces mañana traerás escrito el Credo cien veces.

Naturalmente... ¡qué iba yo a copiar!, y al responder el próximo día que no llevaba la penitencia, me aturdió a pescozadas. De la primera me tiró la boina e inclinándome en el escampe a levantarla, repliqué:

—No es por el trabajo, no; es la ofensa del castigo.

Un tirón de los cabellos con el zarandeo y arranque de mechones, sin percatarme de que me quedaban ensangrentados en la frente, sujetos por el ribete de la boina, rebatieron mi argumento. La ira impedíame sentir mayor dolor que la congoja ocasionada por el P. Vicente cuando me arrebató, arrojó a las baldosas y estropeó a patadas el portalibros flamante que me acababa de comprar mi madre, quien al volver yo a casa me dice:

—¿De dónde vienes?

—Del colegio.

—¿Dónde? ¿No has estado con tu padre? —sonsaca, dudosa la vista en mi frente.

—No.

—¿Y esto? —interroga de nuevo, quitándome la boina.

Mi madre había de pronto atribuido a mis mechones la condición de pelos sanguinolentos de algún animal, pues por esos días mi padre se ocupaba en la venta de conejos desollados.

El P. Vicente era muy gordo y padecía el vicio nervioso de llevarse constante, por encima de su sotana, los codos a la cintura para sostenerse los pantalones.

7

Vender avellanas en un asno sería cosa muy sosa desde luego, si mi padre no hubiese recurrido al auxilio de dos grandes figuras mundiales —Charlot (Chaplin) y Don Quijote—, cuyas efigies mandó fabricar e hizo vestir a su sabor. Algo mayores de un metro de alto iban fijadas en un pedestal, relevándose por temporadas sobre el burro que a los lados llevaba sendos serones panzudos con la crujiente mercancía. Charlot balanceábase de pie; Don Quijote —que era un tragabolas— en su silla con el yelmo al brazo.

A cada figura correspondíale un gran anuncio en verso, una redondilla de alegres caracteres, cuyos textos debían renovarse a menudo y hacerse entre toda la familia. Entonces resultaba ni pintado ver a mi padre en largo silencio pensativo y saltar de repente con el lápiz a lo alto:

—Ya está, ya está. ¿A ver qué os parece esto?

Leía. Protestábamos:

—No, hombre, no... Eso no va bien.

—Que sí, sí, ¡sí que va bien!

—No padre, no... ¡que no suena bien!

Repetía la lectura dando una entonación a su gusto; pero los hijos le contradecíamos:

—No, nada, eso no vale. Hay que hacer otra mejor.

Tras mucho discutir desistía —¡al fin! — volviendo a su retiro, para con la punta del lápiz en los labios adoptar su posición meditativa. Entretanto los hijos pergeñábamos otras cuartetas, que

al leerlas tampoco resultaban del parecer general. Por último aprobábamos, en conjunto algo como esto:

Las avellanas que vendo
son más dulces que la miel
y quien las prueba repite
pues son como la mujer.

¡¡AVELLANAS!!

Después de largo debatirse acerca de la forma, colores, tamaños de las letras y adornos alusivos, mi padre entregaba los originales al hijo aprendiz en un taller de "pinturas y rótulos", quien armado allí de un pincel robaba tiempo a los fugaces asuetos del siguiente día, para realizar la más amorosa de sus obras.

—¿A qué precio te salen las avellanas, José?

—Puestas en Asturias a dos diez el kilo, y con los gastos de transporte y demás a dos pesetas con cincuenta céntimos.

—¿Y a cómo las das tú? —agregó mi madre.

—A peseta el kilo, hija, es decir, a diez céntimos el cuarterón, o sean cien gramos.

—¿Y ganas?

—Claro que gano, si no, ¿de dónde crees tú que sacamos el parné para vivir? ¿Del cielo? ¿Acaso me lo regalan?

Mi padre tenía una de esas balanzas comunes de dos platillos. Cuando casi a diario lo acosaban los inspectores de pesas y medidas, verdugos encarnizados de los comerciantes ambulantes, encontrábase perfectamente contrastada y al fiel. Sin embargo, en el momento de la venta, no sé que prestidigitaciones haría que en los cien gramos iban siempre quince avellanas.

Pesando, andando, cobrando, hablaba y hablaba sin cesar.

(“Otros diez... ¿para quién? El que no tenga cuartos es lo mismo... porque ya me comprará cuando los tenga...” “Por diez doy menos que por veinte ¡caramba!... y más doy por veinte que por diez.” “¿Quién ha visto a un sastre vendiendo avellanas? Pero como han subido hasta los clavos hay que agarrarse a todo y apachugar hasta con una brasa ardiendo.” “Salgan chicos y grandes, vengan, venid a ver gratis a Charlot... Cuando voy al cine me río la mar con él y ahora él se ríe la mar conmigo... los dos nos reímos y todos se ríen de nosotros que da gusto. ¡Avellanas de Charlot! Sólo que no hagáis como él cuando come y paga con moneda falsa o se va sin pagar del establecimiento. ¡A mí dadme plata de la buena! Pero quien tenga por ahí un duro falso que me lo deje y verá que pronto se lo convierto en moneda de ley...”)

(“Por ahí, al doblar una esquina, me encontré a Don Quijote que había perdido su caballo. Al verle, desmonté presto para saludarlo y le dije: ‘¡Señor, subid a mi pollino!’ ¡Avellanas con Don Quijote! ¡Avellanas! Desde entonces soy su criado y andamos juntos... ¡A ver que tal nos va! Y yo estoy muy contento de todo, pues ¿no me habría de partir el alma dejar a tan valiente señor tirado en el arroyo? El cree que estas avellanas son perlas finas de los collares de la reina Micomicoma. ¡Dejen soñar a mi señor que yo bien sé que son avellanas, avellanas! Si lo sabré yo que son mis agencias y las vendo a diez céntimos el cuarterón para poder marchar por la vida en busca de caballo y escudero... Pero si no se encuentran nunca, no habrá otro remedio que caminar, caminar y seguir aventurando... Y no es para conveniencia mía solamente, no... que a mí me tendría más cuenta dejar aquí todo esto e irme para echarme a dormir ¡Si no fuese porque a lo mejor se me va Don Quijote con todo y

avellanas! *Anda si quieres, que piernas y manos tienes, y allá va Pedro a parar lanzas, que dentro de mil años todos seremos calvos. ¡Porque a lo tuyo, tú! Ya dice el refrán que a donde las dan las toman, o siguiendo el otro de aldeanas son las gallinas y cómenlas en Sevilla o a moro muerto gran lazada y a mi hijo Juan en la corte le hallarán. Bien sabe Dios que anda el hombre al trote para ganar el capote —capirote como llaman vecinos de lugarejos donde anda la cabra de hoja en hoja— y no fuera a resultar aquello de andar toda la noche y amanecer perdido en cama, amor de niños agua en vestido —o en cestillo—, pues amar y saber todo no puede ser y al desdichado poco le vale ser esforzado y yo tendría que decirme: agosto tiene la culpa y don setiembre la pulpa, al mar por sal, al cuco no cuques y al ladrón no hurtes, allá vayan leyes do lo quieran reyes, a fraile bueno saca mesa —o sogá nueva, quiere el lego— y almendro seco, al revés me la vestí andaré así. . . y ya que andamos a las verdades como hacen las comadres, a buen entendedor breve hablador, anden cuentas claras y no parezcan blancas. . .”)*

(“Gracias a los buenos principios de los que me hacen el honor. . . —Diez de avellanas, ¿para quién? Pase usted, porque. . . vengan los cuartos— el honor de escucharme. . . —otros diez, ¿para quién? Usted, joven. . . — no me han interrumpido sino lo indispensable para reclamar sus avellanas. ¡Avellanas con Don Quijote! , que bien adiviné yo nada más de ver la nobleza de vuestras caras entre quienes me hallaba y me dije: ‘Di lo que quieras a este magnífico público, que es de aquellos cuya sobrada inteligencia le hace disculpar los errores ajenos con el sabio dicho castellano de *a mal hablador discreto oidor.*’ Que si no ya me habrían tapado la boca, gritando ‘¿aún no ensilláis y ya cabalgáis? Ayer vaquero hoy caballero. ¿De cuando acá: *aceite, vino y amigos antiguos?* Alcanza quien no cansa; *ja casa de tu tía mas no de cada día!*’ Y tendríais razón. Pero es que estoy muy cabreado con las cosas de estos tiempos en que *ares, no ares, renta me pagues y are por are, tú, carnero*, si volare, que aunque pese mucho tu pelo estarás bueno. Además, con esto de que vengo sirviendo a este señor. . . *al cabo de un año tiene el mozo las mañas de su amo* y yo ya debo estar loco de remate igual que él, si no ¿cómo íbamos a dejar avellanas o perlas de la reina Micomicona por diez céntimos el cuarterón? Que nos sirva el repetir *alcanza quien no cansa. . .*, pues ahora que aprendimos bien la A, mañana será la B. ¡Avellanas con Don Quijote! ”)

Si dicho esto, aún se veía un instante sin compradores, fingía mirar, muy atento, a cierta persona imaginaria de algún balcón, y, levantando la vista, clamaba:

—¿Qué dice usted. . . que le suba una peseta de avellanas? ¿Pero cómo quieren ustedes que suba con el borriquillo y todo? Si les parece bien, puedo dejar las avellanas abajo, a la portera, y ya me las pagarán.

Los transeúntes seguían con los ojos aquel movido diálogo supuesto, y al no ver a nadie en los balcones sonreían o detenían, curiosos, la marcha. Entonces mi padre, con miras a infundirles más atención, hasta crear una bola de auditorio —niños y mujeres casi siempre— dirigíase al burro:

—Vamos, Juanito, hijo, vámonos, que aquí todos viven en el “II”, es decir, a dos velas, o séase sin cuartos, que es lo mismo.

Al pagarle determinadas personas mayores con monedas de a dos pesetas aprovechaba para teatralizar la coyuntura en papel de



bobo serio:

— ¡Oiga usted. . . que me ha dado dos pesetas!

—Claro que se las he dado.

—Claro, y yo se lo advierto sólo para que no se vaya usted sin su cambio completo, porque. . . una distracción cualquiera la tiene y a mí no me gusta que me sobre el dinero, que luego llega uno donde el amo a entregarle las cuentas y si sobra dinero nos regaña y ¡fíjese usted, para qué quiero yo más con lo mal que andan las cosas! Y ésta es una cosa muy seria y. . .

Cuando dudaba de si alguien le había pagado se ingeniaba para cerciorarse, mirándole irónico a la cara.

—Ya me ha pagado usted. . . ¿verdad?

Le contestasen: “no, aún no le he pagado” o “sí, ya le pagué”, reducía su emboscada, buena para ambos casos.

—Era por nada, nada. . . sino que mire usted, a mí no me gusta que me paguen dos veces.

Un domingo de la niñez iba yo de paseo con tres de los hermanos más pequeños. Al oír unas voces nos dijimos: “ahí está padre”. Nos acercamos y contemplábamos entre indiferentes y regocijados sus artificios hasta que, de pronto, me preguntó:

—¿A usted le gustan las avellanas?

Inmediatamente comprendí y le contesté un poco tímido:

—Sí, sí me gustan, ya lo creo.

Me puso una en la mano.

—Cómase ésta y dígame si están buenas.

—Muy buenas están, ya lo creo.

—Tenga usted otra:

Me la llevé a la boca, la mordí, la partí, y la mascaba todavía cuando me espetó:

—¿Y de cuartos cómo andamos?

—Bien, deme usted diez céntimos.

Con el puño de avellanas para meterlas en los bolsillos, indeciso híceme a un lado. Me dijo en secreto: “Date a la zuri.”¹ Obedecí



y me alejé disimuladamente paso a paso, cual si dejase a mis hermanos en rehenes. El, por su parte, como desentendido, repitió la operación con mi hermano que me seguía y con el tercero, que imitaron mi ejemplo; pero al cuarto, en el trance de cobrarle violentamente lo de todos, no le quedó más remedio que echar a correr entre los gritos de mi padre:

—¡Sinvergüenzas! Estos niños lo mal educados que están, que vienen a robar aquí a un pobre vendedor! ¡Guardia, guardia, guardia! —vociferó hasta que vino un municipal.

—Pues qué ¿no se ha dado, no se ha dado usted cuenta? Esos chicos han venido aquí, me pidieron diez céntimos de avellanas cada uno y se han ido sin pagar. Usted debería perseguirlos y denunciarlos a sus padres para que me paguen. ¡Mírelos usted, allá! ¡Por allá van!

Efectivamente —según nos contó después mi padre—, como la calle era muy larga todavía se nos veía corriendo, y gracias a esta publicidad él tuvo la ocasión de hacernos un regalo y reunir a su alrededor los afectos y el gran número de gente que necesitaba.

Prefería los burros muy dóciles, mejor aún, capados, pues uno joven, arisco y entero que tuvo alguna vez, a la vista de cierta burra que pasaba, en alborotados rebuznos echó a correr frenético, arrastrando a su amo, quien, no obstante tirarle fuertemente de las riendas, no lo pudo sujetar.

—¡Juanito, sho, quieto, Juanito...!

Pero Juanito habíase ya soltado, los arneses caídos, las avellanas desparramadas, y Chaplin, que desde al principio del jaleo, aunque de cabeza y torcido, se afianzó bien a su cabalgadura, terminó encaramado y moviéndose también sobre la burra.

Los aderezaba con cabezales de colorines, muy bonitos, cuyo lucimiento hacía resaltar en casos propicios mediante uno de sus refranes de la A: “allá vayas mal, a do te pongan buen cabezal”.

Volvía de su trabajo cansadísimo, más que un payaso de circo, y quizás por esta circunstancia era de muy pocas palabras y austero en el hogar. Mi madre, por su parte, andaba dentro de casa riñendo casi siempre para corregir a los ocho muchachos. Cuando cesaba ella un instante, reñíamos nosotros entre sí, a golpes. Entonces nos daba unos azotes o decía: “Aguardad a que venga vuestro padre; ya le diré toda la guerra que me dais.” Peor que los azotes era esta amenaza que frecuentemente olvidaba, y a veces no. “Mira las gracias que saben nacer tus hijos” y refería las travesuras ante el consiguiente pánico de los culpables. Mi padre ordenaba: “A la cama sin cenar.” Tenía la casa dos habitaciones, una de las cuales, dividida por medio de una cortina, servía de dormitorio. A la parte izquierda de la división dormíamos dentro de un mismo lecho angosto cuatro varones, y en otro, las dos hembras; a la parte derecha, mi padre y mi madre con los chicos más pequeños. Cuando sobrevenía el famoso castigo privándonos de la cena y juegos de la noche, nos acostábamos inmediatamente con las almohadas a la cara para dormirnos en seguida. De pronto, presa de cosquilleo mental inexplicable, sentía yo ganas de romper a reír sin ton ni son. “Cállate, que nos oyen” —me decían mis hermanos a la oreja—. Mordía yo la punta de una sábana, y ambas manos puestas en la boca me la tapaba tozudamente. . . Me invadía aún más risa y contagiaba a mis hermanos. Al retozo, mi padre se levantaba y deteníase ante nosotros con el cinturón de cuero listo. Fingíamos roncar, apretándonos todavía más los dientes, pero a veces nos era imposible contenernos y estallábamos.

8

Pocos meses antes de cumplir doce años, “para quitarse una boca de encima”, me entregaron con cierto hermano de mi madre, el tío asturiano que vino rico de Cuba y plantó una tienda de comestibles en Madrid. Comencé de mandadero, barriendo, aprendiendo a despachar, y si algún interés le concedo en lontananza yo a ese tiempo es el de su propia monotonía. Dedicaba las pocas horas libres a leer novelas: *Los tres mosqueteros*, *El collar de la reina*, *El conde de Montecristo*, *La dama de Monserau*, *El coche número trece*, *Los hugonotes*. . . Me pasé allí casi seis años. Estuve hasta los diecisiete y me enamoré por vez primera; me enamoré de una modistilla que vivía frente a la tienda y trabajaba en un taller cercano. A decir verdad no fui el iniciador del lance, sino que la dueña o maestra del taller, asidua cliente de la tienda, me decía a todas horas que reparara en la chica esa, que era muy bonita, muy buena y debía de ser mi novia. Tanto, tanto me dijo, que comencé a insinuarme, y en verdad nunca he sabido si por espontáneo sentir o por ingenua fórmula de mis lecturas vine a tratarla con temblorosa timidez. Había en el propósito de mis aspiraciones, además, otro fundamento de incentivo poderoso para mi sentimentalismo adolescente: mi madre y su familia ocuparon la misma vivienda que ahora ocupaba el objeto de mi amor. Comencé a no despegar los ojos del balcón de enfrente y elucubrar estas reflexiones mientras despachaba detrás del mostrador: “¡Qué bueno casarme con esa chica que vive allí; tener una novia dentro del mismo espacio donde vivió mi madre, donde vivieron los padres de mi madre, donde tuvo la novia mi padre! ¡De la casa en que salió casada mi madre!”

Se llamaba Rafaela. Su familia parecía muy honesta en el



sentido de que no andaba nunca entre los habituales cotilleos de los barrios bajos. Era una familia diligente y callada: el padre, herrero; el hermano en el colegio; ella muy limpia y bonita. Hice un pequeño orificio a una de las puertas, y por las noches, cerrada y apagada ya la tienda, miraba yo anhelante desde dentro hacia los balcones encendidos de su casa, para contemplarla. Un domingo la invité y fuimos al bar *Regio*, junto a la Puerta del Sol; salimos después varias veces, a otras partes pero en tal forma que rebasaba los límites de lo discreto para entrar en las del recato más tenaz.

Mi tío representaba cuanto en España fue un *derecha hecho y derecho*. Germanófilo, discutía mucho entonces con un aliadófilo amigo de un hijo suyo, y sus polémicas, aun sin entenderlas yo bien, me ofrecían el doble gusto de disfrutar uno de los mejores ratos de solaz y contradecir, siquiera secretamente, a mi tío, inclinando mis juicios a favor del amigo de mi primo.

Para evitar inmediatos competidores, mi tío compró en traspaso un comercio menor, de antiguo establecido cerca de su tienda, y lo puso a mi cuidado. Vendería primitivamente unas cincuenta pesetas diarias; pero lo atendí tan bien, lo surtí con tal celo que llegó a vender doscientas cincuenta. Una mañana en que salí a recoger mercancía de la estación y dejé a un dependiente, vino mi tío. Al regresar yo empezó a reñirme de modo grosero por mi ausencia. Busqué mi sombrero y le dije:

— ¡La cuenta!

— No hay cuenta. Márchate si quieres, pero no hay cuenta.

Ocurrió esto un 31 de octubre. A la mañana siguiente, primero de noviembre, fui con Fermín a llevar flores al cementerio. Este Fermín, uno de mis condiscípulos, el amigo más íntimo que tengo, me visitaba en la tienda cuando no estaba mi tío, y entre ambos piropeábamos a las chicas que iban a comprar. Aquel día primero de noviembre fue, hasta entonces, el más alegre de mi vida. Respiraba yo la libertad con esa sensación inefable que acaso sientan quienes acaban de salir de la cárcel. Ibamos cinco, entre las dos hermanas mías y una de Fermín. Yo no desperdiciaba oportunidad para sonreír, diciendo: "Pero es un sueño. ¡Si me parece mentira estar una mañana paseándome sin cuidado por la calle!" Las únicas horas libres que de seis años atrás había tenido eran las de cuatro de la tarde a ocho de la noche de dos domingos cada mes.

Mi padre se abrumaba y desesperaba frente a mi resolución de abandonar el establecimiento de mi tío.

— ¡Hay que ver lo que ha hecho el chico este! Ahora que tenía un porvenir labrado ya; que dentro de poco sería suya la tienda... Y ahora, ¿qué vas a hacer a tu edad? ¿Qué oficio vas a aprender?

— Usted no se preocupe, que yo sabré buscármelas. ¡Seré mecánico!

Total, que a los pocos días nos encaminamos juntos hacia la casa del hermano de mi madre, para que me liquidase. A la entrevista asistió también mi tía. Mi padre preguntó qué había sucedido.

— El chico que está hecho un sinvergüenza. Es un grosero. Se ha vuelto un contestón.

— ¡Ah! , ¿conque esas tenemos?

Mi padre me asestó una bofetada. Di media vuelta y me marché, reflexionando sobre qué causa invisible había llevado su mano a cometer esa injusticia. "Mis tíos son ricos" —concluí—.

"Le fían las avellanas y el pobre cree que mi actitud le cierra el mundo a él y a la familia que tiene que mantener." Era tan triste aquello, que entré a casa llorando. Mi madre me consoló y recriminó duramente a mi padre, cuando éste regresó con el cobro de la liquidación cuyo producto ascendía a mil pesetas.

Días más tarde, me dijo:

— Tengo un amigo que está en casa de un conde y él te puede enseñar a conducir automóviles.

Desganado, respondió aquél:

— Sí, psch, vente, muchacho; aquí podrás aprender algo conmigo.

Pero no volví. Desde el primer momento y para imaginarme siempre después, al recordar este pasaje, me veo aún toda mi vida con una bomba echándole aire a unos neumáticos.

Mi padre, al igual que las personas de gran seguridad en sí mismas y muy hábiles para determinadas cosas, era de una extrema desconfianza en la aptitud de los seres que le rodeaban y de una candidez increíble para otras cosas. Mi situación pues, le traía casi loco. Propuse que del dinero obtenido de mi trabajo comprásemos un coche. Aceptó, y a la semana vino a mí, radiante:

— Tengo un amigo chofer de una marquesa y dice que venden un auto. ¿Vamos a verlo? Piden por él dos mil pesetas: mil a pagar de contado y las otras mil —que nos faltan— a plazos. ¿A ti que te parece?





— ¡Baratísimo!

Pero como cuanto son tratos de taberna, que fue donde nació éste, las palabras se redujeron a nada simplemente.

A fines del mes, un sábado a la hora de comida, expuso esta posible solución:

—Tengo un amigo cacharrero que tiene un amigo que es amigo del dueño de una academia de choferes, y podría recomendarte bien con el de la academia para que te enseñe pronto y nos cobre más barato.

Me recomendaron en efecto, y mi padre y yo fuimos a la academia, cuyo dueño nos recibió como a todo cliente. Su garage tenía mucho trabajo y su local de enseñanza muchos alumnos. Lo de la rebaja, etc., se quedó en el buen deseo de mi padre. Ya me figuro lo que le habrá dicho su amigo al de la academia: "Por allá te mandarán a uno que quiere aprender." Pagamos por adelantado la tercera parte de las ciento cincuenta pesetas que importaba el curso completo, distribuido en lecciones obligatorias de media hora diaria. Comprendí al punto que lo más urgente y útil en mi caso era la mecánica, aprender a conocer y reparar bien los motores. Me hice de un mono, compré unos libros que costaban a quince pesetas —¡que ya eran pesetas para gastármelas en un libro!— y me puse a quitar grasa y a dar grasa, sin preocuparme de las críticas de algunos condiscípulos: "Eres un primo, porque el producto de tu trabajo se lo está mamando el tío de la academia." Estudié y trabajé así cerca de dos meses.

La noche del cinco de enero de 1924 llegó a mí el dueño, *el señor Rafael*, como le llamábamos o le llaman, y me dijo:

—Luis, me han pedido un chofer que sea de toda confianza: buen conductor, honrado, trabajador, que conozca bien mecánica... Como me lo encargan con tanto esmero, a pesar de que hay otros en el escalafón que llevan más tiempo que tú, les hable de ti. Es una casa buena, la señora es prima de don Alfonso...¹

No es para ser descrita mi alegría, cuyo primer ímpetu fue volar hacia casa y decírselo a mi madre. La pobre, que ya empezaba a sufrir de parálisis, se puso tan contenta que se le arrasaron los ojos. Luego, en su sillón, alto el rostro para mirarme mientras se limpiaba el llanto, me hizo estas recomendaciones:

—Mira, hijo mío. Vas a entrar en un sitio donde no se cuenta el dinero, donde el dinero lo podrás tener muchas veces al alcance de tu mano. Un centimín que veas en el suelo, el más pequeño, así —se señalaba un botoncito de su blusa— es de la casa, de los amos, y debes recogerlo y entregarlo.

Yo me limité a sonreír, porque tales consejos nunca son de refutar y porque recordaba que este propio discurso en la misma esencia más o menos prologó la bendición de la necesidad, cuando —"para quitarse una boca de encima"— me sepultaron en la tienda de mi tío.

Al siguiente día entré al servicio de doña Joaquina de Melgosa. Instalado en la casa me vestí los pantalones leguis del uniforme que me dieron. Con la gorra y una cazadora que disipaba en cierto modo las apariencias de mi condición de hombre de librea vulgar, corrí a ver a mi novia, saboreando el alborozo que habría de darle cuando me viera hecho ya un chofer de casa grande.

Mis relaciones entre Rafaela y yo permanecieron en secreto para nuestras familias. Me paseaba por la esquina de su casa, y ella bajaba, pretextando cualquier mandado, generalmente el de ir por la leche.



Aquella noche bajó muy seria, y a poco andar, tras breve condolencia, pero sin darme casi satisfacciones ni despertar en mí el menor ánimo de insistir, me entregó un retrato mío que sin sospecharlo yo tenía ella, pues jugando jugando, a hurtadillas me lo sustrajo una vez de la cartera. Me dejó entontecido, vacío, con la asfixia del primer desengaño amoroso en la garganta.

Emprendí el retorno, devanándome por encontrar una clara explicación fundada en estas consideraciones: "¿Será que soy muy chico para su edad? ¿O que su ambiente de vida en el taller, ambiente picaresco, es más libre y no se aviene con el mío, aquél en que yo crecí como un vegetal?" "Por todo esto, ¿habré sido muy soso para ella? Porque por otra cosa..." (acudió a mi mente el desprecio de las modistillas hacia los horteras)... "por otra cosa no puede ser: ya no soy tendero". "¿Será que en el fondo piensa lo mismo que mi padre y tuvo sus esperanzas puestas en la posición que hubiera yo logrado a la odiosa sombra de mi tío? Pero de todos modos, yo me siento algo más que antes. ¡Tengo un oficio y me basto a mí mismo! Soy un chofer, chofer mecánico: ¡chofer de casa grande!" "Entonces, ¿por qué? ¿Por qué? ¡Ah! , es que fui muy incauto, cándido, por miedo. Tal vez no fui para ella lo que se entiende un macho; la respeté demasiado... demasiado. ¡Nunca la toqué!"

Inconsolable llegué a mi casa y me tendí a llorar, silencioso y de bruces, en la cama.

1. Diputado primorriverista que guardaba su automóvil en el garage de la academia.